

De vuestro arrepentimiento.
 Arg. ¿Yo consentir en matarle?
 No, Zelina.
 Zel. En ese caso,
 Solamente resta un paso
 Por donde poder salvarle.
 Arg. ¿Que huya?
 Zel. No, el conde volviera,
 Y si á el frances no encontrara,
 A ambas á dos nos matara,
 Y á fé que justicia fuera.
 Arg. ¿Justicia!
 Zel. ¿Mas no mirais
 Que en salvarle solo á él,
 De vuestra conducta infiel
 Satisfaccion no le dais?
 Mientras viva ese galan,
 Siempre ha de estar sospechando
 Que vos le esteis esperando
 Con bien escondido afan.
 Arg. ¿Entonces!
 Zel. ¿No lo entendeis?
 ¿Andais torpe, vive Dios!
 ¿Qué dificultad teneis?
 Idos á Francia los dos.
 Yo os haré franco camino.
 Arg. Mas no comprendo, Zelina...
 Zel. Si se queda, le asesina.
 Condesa, ese es su destino.
 Arg. No, á sus piés me arrojaré.
 Conde, ¿no es harta distancia
 La que hay de Burgos á Francia?
 Con lágrimas le diré.
 Es cierto: le amé y me amó;
 Vino creyéndome infiel;
 Seamos felices sin él.
 Zel. Condesa, ¿y lo seré yo?
 Arg. ¿Tú! pues bien, solo testigo
 Del crimen y del perdon,
 Tendrás, sin contradiccion,
 Favor con él y conmigo.
 Zel. No me basta.
 Arg. Libertad...
 Zel. No me basta.
 Arg. ¿Qué mas quieres?
 Zel. Quiero que de dos mujeres
 Quedemos en la mitad.
 Arg. ¿Insensata!
 Zel. O vos ó yo.
 Habeis puesto en mí la mano,
 Porque el favor soberano
 Al ponerla os escudó:
 Por veros en tal altura
 Pudisteisme á salvo dar;
 Quiero, pues, vuestro lugar
 Para enseñaros cordura.
 ¿Me habeis comprendido ya?
 Pues bien, partid con ese hombre,
 Mudad patria, traje y nombre,
 Y os perdonaré quizá.
 Y ved si en ello medita
 Lo que la cuesta, señora,
 El ascender á una mora

Desde esclava á favorita.
 Arg. ¡Oh! ¡me atosiga el coraje!
 Zel. ¡Tal vez osais resistir!
 Mas no me hagais otro ultraje,
 Porque os llevará á morir.
 ¿Cuándo vendrá ese galan?
 (Argentina mira con inquietud por todas partes,
 fijando un momento la vista en el balcon, y dice
 Zelina comprendiéndola.)
 ¡Hola! esta noche... pues bien,
 Caballos haré que os dén,
 Y huid, que no os seguirán;
 Y huid hoy, porque mañana
 Si esta clemencia me pesa,
 Vuestra injuria de francesa
 Vengaré como africana.
 Arg. ¿Huir!
 Zel. No hay otro camino;
 Me ultrajásteis con encono,
 Y pues la vida os perdono,
 Bendecid vuestro destino.
 Y no os queda otra esperanza:
 U os inmolan con furor,
 Vuestro marido á su honor,
 Y la mora á su venganza.
 ¿Pero silencio! oigo ruido
 Debajo de ese balcon.
 ¿Os habeis estremecido!
 Me lo daba el corazon.
 Entrad en vuestro aposento.
 (Entra Argentina y la encierra.)

ESCENA IX.

ZELINA.

Y pues tengo unos instantes,
 Asegurarme quiero antes
 Del éxito del intento:
 No sea que por torpeza
 Equivocando el camino,
 Venga á caer su destino
 Despues sobre mi cabeza.
 Hassan.

ESCENA X.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Dos caballos pon
 A la puerta del jardin,
 Mas atiende con qué fin:
 Por ellos con precaucion
 Dos personas bajarán.
 Si en el balcon ves lucir
 Esta luz, déjalos ir;
 Si no, mátalos, Hassan.
 ¿Entiendes?
 Hass. Creo que sí:
 Si hay luz, irles dejaré,
 Si no hay luz, les mataré.
 ¿Y despues?
 Zel. Vuélvete aquí.

ESCENA XI.

ZELINA, DESPUES LOTARIO.

Zel. Se irritará el conde acaso;
 Mas le diré: huir quisieron,
 Y por su empeño murieron
 Al impedirles el paso.
 (Llaman á la puerta secreta, y abriendo Zelina,
 entra Lotario embozado.)
 Hablad con tiento y caminad despacio,
 Señor frances.
 Lot. ¿Qué es esto, y Argentina?
 Zel. ¿No puede, dueña siendo de palacio,
 Aguardaros en cámara vecina?
 Lot. ¡Ah, está aquí!
 (Va á entrar, Zelina le detiene.)
 Zel. Ahí está, mas deteneos.
 Lot. ¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?
 Zel. Que es preciso acordar con mis deseos,
 Vuestros deseos de volver á Francia.
 Lot. ¿Contigo? No te entiendo: habla mas claro.
 Zel. Oid, pues; de esta casa soy señora
 En ausencia del conde; sin mi amparo
 Nada podeis los dos... ¿me esplico ahora?
 Lot. Loca sin duda estás; pero te advierto
 Que el puñal de mi cinto, si me vendes,
 Dará en tu corazon golpe mas cierto,
 Que el lazo de traicion que tú me tiendes.
 Zel. Muy mal me conoceis; si os lo tendiera,
 Seria tan sutil y tan seguro,
 Que ni el brazo mas firme le rompiera,
 Ni yo temblara del puñal mas duro.
 Lot. Tiembla del mio, sin embargo, esclava;
 Porque si tu conducta no te abona,
 A la menor sospecha en tí se clava:
 Delante ve que es mia tu persona.
 De tu voz, de tu accion pende tu suerte,
 Guia, pues, de Argentina al aposento
 Sin mas efgios, ó te doy la muerte.
 Zel. ¿Y lograreis con ello vuestro intento?
 Lot. Pues bien, escucha; decision me sobra:
 Ya estoy aquí, y atras no he de volverme
 Sin concluir mi comenzada obra,
 Que nunca Roquefort del brazo inirme
 Temió de una mujer.
 Zel. ¿Por vida mia!
 Lot. ¿Roquefort habeis dicho?
 Zel. Mas ¿qué veo?
 Zel. ¿Mi cautiva eres tú!
 Lot. Y á lo que creo,
 Lotario vos.
 Zel. Sin duda.
 Zel. ¡Oh, Dios me guia!
 Vos sois quien en las playas solitarias
 Donde logró arrojaros la tormenta,
 Sin escuchar ofertas ni plegarias,
 Asisteis á la fuerza de nosotros
 Cual cosa hallada y de señor esenta,
 Lanzada por la mar para vosotros!
 Y apresásteis mi barco, y los tesoros
 Robásteis á mi padre, y en cadenas
 Poner hicisteis á mis siervos moros

Al tocar de la playa en las arenas.
 Sí, á Roquefort esclavos nos llevásteis,
 Nos hicisteis dormir con vuestros perros,
 Y cantar nuestro duelo nos mandásteis
 Al áspero compás de nuestros hierros.
 Vos, torpe, mi cariño codiciando,
 La libertad con vos me propusisteis;
 Yo desprecié vuestro cariño infando,
 Y vos para vengaros me vendisteis.
 Pero ved la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufriros:
 Señor de Roquefort, llegó mi hora:
 Podeis de vuestra Francia despediros,
 Porque á los piés de vuestra esclava mora
 (Cierra el balcon.)
 Vais á ecshalar los últimos suspiros.
 Lot. Tú eres, si; te conozco en la fiera
 De tu indomable espíritu africano:
 Tú eres aquella indómita belleza
 Que el tormentoso mar puso en mi mano.
 Te amé, te desprecié, te vendí luego;
 Mas te desprecio, esclava, todavía,
 Y con tu vida y tu fortuna juego,
 Porque burlo tu astucia con la mia.
 Zel. ¿Aún me desafiais?
 Lot. Sí, el medio elige
 De tu venganza que mejor te cuadre;
 Mas piensa bien que tu furor dirige
 Una sentencia igual contra tu padre.
 Zel. ¿Vive mi padre?
 Lot. Sí.
 Zel. ¿Cómo?
 Lot. Cautivo
 Como tú, en Roquefort, y allí le espera,
 De mi fin de las nuevas al recibo,
 La misma suerte con que su amo muera.
 ¿Tiemblas? ¡por Dios! ¿Creiste que olvidaba
 Que tú vivias aún, y que tus iras
 Me acosarian siempre? ¡Necia esclava,
 A medirme conmigo en vano aspiras!
 ¿Lo oyes, esclava vil? ¡Esta es mi hora!
 Tú eres quien postrada has de pedirme,
 Y ve aquí la justicia vengadora
 Del cielo que se cansa de sufrirme.
 Zel. Pero estais en mi mano en este punto,
 Y si á mi fé mi cólera atropella,
 A una voz de mi boca sois difunto:
 Zanjemos, pues, en paz nuestra querella.
 Va mi destino con el vuestro junto:
 Dadme á mi padre y partireis con ella;
 Y ved, señor frances, que de otra suerte,
 Asida á vuestro cuello está la muerte.
 Y no el camino andeis con tal pereza;
 Escusadme ese gesto de ironía,
 Que jugamos cabeza por cabeza,
 Y asegurada aquí tengo la mia.
 Lot. Bien, consiento.
 Zel. Firmadme un pergamino
 Que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
 Término señalad á su destino;
 Y huid á Roquefort con vuestro arrojo.
 Pero mirad que al concluir el plazo
 Que á su vuelta fijeis, si no parece,

A Roquefort alcanzará mi brazo,
Y el muro colosal que le guarnece
Dejaré; vive Dios! hecho un cedazo;
Y el gigante peñon donde envejece
Será tras la explosion de mis furioses,
Cementerio no mas de sus señores.
Lot. No tiemblo de tus iras mujoriles;
Mas pláceme, por Dios, que así acabemos.
Zel. Trastornaron venganzas femeniles
El mundo alguna vez y . . . nos verémos.
Lot. Basta, cautiva: volverá en seis meses
Tu padre junto á tí. ¡Plácete?
Zel. Admito.
Mas crecidos poneis los intereses.
Lot. Si tengo de cumplir, los necesito.
Zel. Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
Y concluyen los seis y no ha venido,
No os adurmais en necia confianza
Allá en vuestros peñascos guarecido:
Que si el leon desprecia la pujanza
Del águila, tal vez entra al descuido
En su cueva la víbora traidora,
Y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
Su amor ó su venganza las francesas
Por su cobarde condicion liviana,
Yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII.

LOS MISMOS Y ARGENTINA.

(Abre Zelina á la condesa que sale.)

Salid, condesa, y escapad sin miedo,
En el jardin esperan dos caballos,
Y yo detras para ampararos quedo.
Arg. ¿Tú? ¡Traicion infernal! . . .
Zel. No, no hay ninguna:
No me esteis de vivir agradecida,
Que, aunque sin honra, si salvais la vida,
Quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, vive Dios, y huid.
Lot. Partamos:
Ven sin temor, que su interes la inspira,
Y ay de tu padre si vendidos vamos!
Zel. Ay de tí, Roquefort, si el plazo espira!
*(Vánse Lotario y Argentina por la puerta secreta.
Zelina abre el balcon y poniendo en él la luz pa-
ra que sirva de señal á Hassan, aguarda.)*

ESCENA XIII.

ZELINA, DESPUES HASSAN.

Zel. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,
Y errando su eleccion, en un momento
De mi esperanza el pedestal derroque.
(Escuchando.)
(Mirando.) Salen . . . se ocultan ya . . . ya no los
siento.
(Pausa.)
¡Qué incertidumbre, Dios mio!

Mas ya del cancel resuena
El cerrojo y la cadena
Por el corredor sombrío.

(Abre.)

Ya suben. ¿Quién va?

Hass. Yo.*Zel.* Hassan,

¿Qué has hecho?

Hass. Libres los dos

A escape, señora, van.

¿Hice bien?

Zel. ¡Sí, vive Dios!

ACTO TERCERO.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha.—Una lámpara colgada de la bóveda alumbrá la escena. El exterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA Y GENARO, DENTRO DE LA TORRE.

Arg. No, el infeliz no se calma,
Esa vision espantosa
No se aparta de sus ojos,
Y oyendo está á todas horas
Esa carcajada horrible.
Gen. ¡Ah! reportaos, señora:
Solo el tiempo es el que puede
Calmar su afan.
Arg. Te equivocas,
Genaro; cuenta los dias
Con constancia escrupulosa,
Y ese vano emplazamiento
No sale de su memoria.
¡Ay de mí!
Gen. Ese hombre á la puerta
Está aguardando, señora.
Arg. Mas, ¿quién le envía? ¿qué quiere?
Gen. De vuestro padre se nombra
Mensajero.
Arg. ¿De mi padre? *(Con dolor.)*
No quiero verle, me ahoga
El empacho y la vergüenza,
Y hallar no sabré en mi boca
Palabras con que ocultarle
El pesar que me devora.
¡Mi padre! vendrá á culparme
Mi condicion . . . y le sobran
Las razones: ¡ay! á ellas
¿Qué he de replicarle ahora?
No, no: que nunca penetre
Esta amargura recóndita
Con que la tenaz conciencia
El corazon me destroza.

ESCENA III.

ARGENTINA, GINES, GENARO.

Gin. Dejados á ambos á solas.
Gen. Es imposible, buen hombre.
Arg. ¿Quién va?
Gin. Perdonad, señora:
¿Sois Argentina?
Arg. ¿Sois vos
Quien á mi padre me nombra
Para pedirme una audiencia?
Gin. Sí. Y no os estrañe la hora,
Ni os asombren para veros
Palabras tan perentorias.
Arg. Pues os recibo, ya veis
Que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
A una seña mia prontas,
No os dieran tiempo á lograr
Cualquier intencion traidora.
Gin. Es que lo que he de deciros,
Es fuerza que solo lo oigan
Vuestros oidos.
Arg. Buen hombre,
Recelos me dais ahora
De que vuestras intenciones
No son de lo que blasonan.
Gin. Serenaos, Argentina;
Ya sé que con recelosa
Prevision, de este castillo
Se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
Bajo sus antiguas bóvedas
Sin un ecsámen prolijo,
Y sin que satisfactorias
Razones de sus intentos
Con ingenuidad esponga.
Ya sé que en este castillo
El miedo y el pesar moran.
Arg. ¡Miserable!
Gin. Reportaos,
Que hablais con una persona
Que os ha mecido en la cuna
En la corte de Tolosa,
De vuestra agitada vida
En la malhadada aurora.
Arg. ¿Quién sois, pues? Vuestras palabras
En el corazon me tocan,
Y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?
Gin. Miradme, señora.
Arg. ¿Gines!
Gin. Gines, que ha dos meses
Que vuestro castillo ronda
Para lograr este instante,
Con que los espías sobran.
(A una señal de Argentina sale Genaro.)

ESCENA IV.
ARGENTINA, GINES.
Gin. Inútil será que os diga
Lo que mi viaje ocasiona . . .

Dile que parta, que nunca
Vuelva á Roquefort.

Gen. ¿Señora!*Arg.* No quiero verle, Genaro.*Gen.* Mas pensarán en Tolosa . . .*Arg.* Quanto quieran imaginen:
Que en dulce y encantadora
Soledad paso la vida,
Enamorada y dichosa:
Que ciega y desatentada
Con esta pasion diabólica
Que el corazon me esclaviza,
Ni ver ni oír otra cosa
Que mi amor quiero . . . Sí, júzguenme
Como les plazca, en buena hora;
Mas que no entiendan, Genaro,
Que con este amor á solas,
De Roquefort encerrada
En la vivienda mas lóbrega,
Maldigo la desventura
De existencia tan odiosa.
Que parta, pues, y que parta
Sin verme.
Gen. Ved que os importan
Las nuevas que á daros viene,
Pues que tan de cerca os tocan.
Arg. No quiero oirlas, que parta.
Gen. Es que, si veros no logra,
Amenaza dia y noche
Con esperaros.
Arg. En cólera
Cambiará ese hombre mi duelo,
Y hará que por todo rompa.
Gen. Al menos de vuestro padre
Por la sagrada memoria
Recibidle, porque nunca
Imagine que injuriosa
Afrenta hacerle quisisteis,
De ese enviado en la persona.
Arg. Condúcele, pues, aquí,
Y esa idea vergonzosa
No pase nunca por él,
Que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
Que sufra el dolor yo sola;
Pues mia es solo la culpa,
Como es mia la deshonra.
Permite que á sus oidos
Llegue mi voz mentirosa,
Y crea el triste mi falsa
Felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
Ese buen padre que llora
La afrenta que hago á su estirpe,
Cuanto culpable dichosa,
Y goce con ese engaño . . .

¡Ah! no me torneis el rostro;
Ya sé que tristes memorias
En vos mi presencia escita,
Mas perdonadme. En Tolosa
Queda un anciano que ha un año
Que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
El aliento le abandona,
Las pesadumbres le acaban!

Arg. ¡Ah, callad!

Gin. De Burgos loca
Huísteis . . . mas no toquemos
Tan lastimeras memorias;
Huísteis enamorada,
Ansiando mas venturosa
Vida . . . y ciega por el hombre
Que pérfido os abandona.

Arg. ¿Qué es lo que dices, Gines?

Gin. Fingís en vano, señora;
Yo os acecho hace dos meses
Bajo apariencia engañosa:
Ya como pobre mendigo,
Ya de campesino en forma,
Os seguí por todas partes
Con vista escudriñadora,
Y os encontré en la alameda,
Y en la caza . . . sí, y en todas
Partes, pálida, sombría,
Solitaria y melancólica
Os ví, cual juguete inútil
Que fastidia y se abandona.

Arg. ¿Qué estás diciendo, menguado?

Gin. Yo, que pasé tormentosa
Una existencia tambien,
Fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
Perspicacia portentosa,
Y á mi corazon prudencia
Y esperiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
Pero tal vez no á vos sola,
Y os asesinan los zelos . . .
¡Ay! de una manera ó de otra,
Concluirá por odiosos.

Arg. ¡Serpiente fascinadora,
Deten esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
Tu perspicacia, y los años
Te han dado esperiencia loca!

Gin. En vano disimulais
Vuestra situacion, señora,
Y escuchad.—Yo soy un viejo,
Pero decision me sobra,
Y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansion, donde mora
Vuestra deshonor y su crimen,
Dejad, y resuelta y pronta
Venid donde vuestro padre
Vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caverna,
Partámonos á Tolosa,
Donde á lo menos con lágrimas
Lavareis vuestra deshonor.

Arg. ¡No, buen viejo! que hay injurias
Que con llanto no se borran.

Gin. Y esas injurias, ¿por qué
Te avergüenzan ó te enojan,
Cuando aquí con tu presencia
Tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
Vuelve, estraviada paloma;
Cruza, golondrina errante,
La mar, y á tu patria torna.

Arg. Nunca, Gines; ¡yo á los brazos
Del buen conde de Tolosa,
Que en honra me habia criado,
Podria volver sin honra!
Jamás; el viento impetuoso
De mi suerte borrascosa
Seguiré, y sea, buen viejo,
La que quiera mi derrota.

Gin. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
Por compasion á tí propia:
Serás de ese libertino
Victima al fin.

Arg. Te trastorna,
Gines, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
Pero me castiga el cielo
Con esa pasion diabólica.
Por mí atropelló peligros,
Cometió acaso espantosas
Culpas que al cielo indignaron;
Faltó á su palabra propia,
Y provocó una venganza

Que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Gines, por mí tan solo,
Por mí vive entre estas rocas,
Con mi presencia encantado,
E idolatrando mi sombra;
Mas este amor es un crimen,
Y el cielo, que siempre abona
Al justo, con este amor
La vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
Pánico terror le acosa,
Y mi mismo amor maldice,
Que es el bien solo que logra.

Gin. Huye de él, pobre Argentina,
Háyele.

Arg. ¡Huirle, y ahora
Que espera solo en mi amparo
Una salvacion dudosa!

Gin. Acuérdate de tu padre,
Que desconsolado llora.

Arg. Puede mi amor mas en mí.

Gin. Pues bien, oye lo que ignoras:
Te reclama el castellano
Con voz amenazadora;
Ha enviado á tu pobre padre
Una embajada afrentosa,
Fijando un plazo á seis meses,
Y con saña vengadora,
Si en ellos á tí no alcanza,
Guerra fatal le provoca.

Arg. ¡Seis meses!

Gin. Seis, y al fin de ellos
Nadará en sangre Tolosa.

Vuelve á tu padre y . . .

Arg. No, ¡nunca!

Gin. Vas á la muerte.

Arg. No importa.

Gin. Bien, pues tu negra fortuna

Y tu porvenir arrostra.

Castilla y Tolosa á un tiempo

Su ira sobre tí desploman.

(Va á salir.)

Arg. Aguarda, Gines; aguarda,

Misero anciano, y perdona

A mi pobre corazon,

Presas de horribles congojas.

Gin. No, no hay perdon, Argentina:

O este castillo abandonas

Para siempre . . . ó tu destino

Fatal se cumple.

Arg. En buen hora.

Yo le amo, Gines; no puedo

Con esta pasion furiosa

Que mis sentidos cautiva

Y ante Roquefort me postra.

Gin. Maldiga Dios, hija infame,

Esa pasion que te torna,

Para quien busca tu dicha,

En vibora venenosa.

Maldigala Dios mil veces,

Y traiga pronto la hora

En que su plazo se cumpla,

Y en que la guerra se rompa. (Vase.)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cumplase de una vez, cumplase el plazo
Que amaga por do quier nuestra cabeza,
De ese agüero fatal rómpase el lazo;
Yo arrastraré mi suerte con fiereza.
Volveria tal vez si solo amante
Mi pobre corazon se lastimara,
Si fugitiva, satisfecha, errante,
Mi patrio suelo sin razon dejara.
No quedando al volver tras de mi huella,
Ese infeliz Lotario, ¡oh! volveria;
Mas tal resolucion le mataria:
No, jamás volveré, pese á mi estrella.

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! reconozco de tu mano

La negra marca, miserable mora:

Tú das al corazon del castellano

El temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA, LOTARIO.

Lot. ¿Quién habla de venganza? ¿quién augura
De ese plazo fatal el cumplimiento?
¿A quién esas palabras de amargura
Torpe revela tu traidor acento?

¡Reconozco, dijiste, de tu mano
La negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazon villano,
Ese secreto aterrador ahora?

¿De quién era esa voz que yo escuchaba

Contigo aquí? Respóndeme, Argentina:

¿Quién en este salon contigo estaba?

¡Callas! ¡Ay! tu silencio me asesina.

¿Conque es verdad al fin? ¡Pobre alma mia!

¿Conque tambien á tí te se aparece

Esa horrible vision? ¿no es fantasía

Que en mi abrasada mente se guarece?

Arg. Calma, Lotario, calma la tormenta

De tu agitado corazon: ni ahora

Ni nunca esa vision que te amedrenta

Se mostró ante mis ojos vengadora.

Lot. Mas hablabas de un plazo . . . ¿Quién te oía?

(La toca.) ¡Fria tu mano está, tu rostro pálido!

¡Ah! bien mi corazon me lo decia,

Contigo estaba mi fantasma escualido.

¿Qué queria de tí? Dímelo.

Arg. Nada.

Serénate, mi bien.

Lot. Luz de mis ojos,

Perdona á mi cabeza trastornada

Mis ayes, mis quimeras, mis antojos.

¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.

No quiero, no, que nunca te atormente

Ni cuidado ni afan; y sobre todo

Te prohibo, Argentina, es mi deseo

Que no mires jamás á ese torrente.

Arg. Bien, nunca miraré, si lo deseas.

Lot. No te asomes jamás á esa ventana;

Y esto no es un capricho, no lo creas.

Arg. Lo haré así, Roquefort, de buena gana.

Lot. ¡Oh! tú eres, alma mia,

El ángel puro que mis pasos guia,

La blanca luz que alumbrá mi camino

Por el largo erial de mi destino.

Solo á tu lado cesa

Ese vago temor que me persigue,

Esa sentencia que en mi frente pesa,

Esa vision que por do quier me sigue.

Arg. Ya te asalta otra vez tu desvario:

Aleja de tu mente esas visiones;

Háblame de tu amor, habla del mio.

Lot. ¡Desvario, Argentina, le supones!

¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia

De esa vision que sale por do quiera

Mis ojos á espantar y mi memoria

Con torva faz y carcajada fiera.

¡Oh! sí, si tus oidos la alcanzaran,

Si la vieran tus ojos cual los míos,

Tu corazon tambien amedrentaran

Esos que llamas tú mis desvarios.

Si la vieras en torno eternamente,

Ya atravesar la atmósfera vacía,

Ya estenderse ante el sol de Ocaso á Oriente,

Ya plegarse en la bóveda sombría:

Si al abrir una puerta, una ventana,

Al cruzar un salon, un pasadizo,

Vieras cual yo de la vision liviana

El medroso contorno movedizo;

Si al ¡ay! que te se escapa convulsivo
Con el pavor, por la techumbre hueca,
Oyeras del espectro fugitivo
La carcajada mofadora y seca . . .
¡Ay! Argentina, como yo temblaras,
Noche tras noche como yo velando,
Muda y transida de terror pasaras
La aparicion fatídica espando.

Arg. Siempre, Lotario, siempre esa quimera
En tus ojos está, vive en tu mente.

Lot. Siempre, sí, me persigue, eternamente
Va delante de mí por donde quiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
La mano al corazon, y allí la toco;
De ella giro en redor, ese es mi centro;
De mi eterno pesar ese es el foco.
¡Es una historia cruel!

Arg. Calla, Lotario.

Lot. Horrible, ¿no es verdad?

Arg. Mas fabulosa.

Lot. ¡Fabulosa! ¡óyela!

Arg. No es necesario:

Callala por piedad, calla y reposa.

Lot. ¡Reposar! y á mis ojos incesante

Ese maldito esclavo se presenta,

Y con calma infernal me está delante,

Y del plazo fatal las horas cuenta!

Mírale! ¿no le ves? con una mano

La cerviz de sus hombros dividida

Se sujeta tenaz . . . y al castellano

Con la otra ofrece mi aplazada vida.

Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?

En seis meses no mas.

Arg. ¡Calla, amor mio!

Lot. Y se van á cumplir.

Arg. Calla, no acabes.

Lot. ¡Oh! no creas que es esto un desvarío

De mi imaginacion, no; escucha: ese hombre

Tenia una hija; mas como él infame,

Sierva como él . . . Zelina era su nombre.

Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo dame!

Lot. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.

Yo que siempre te amé, llegué á Castilla

Tras larga, interna y congojosa lucha

Conmigo mismo; atravesé la orilla

Del Arlanza una noche: á tu palacio

Llegué: subí por caracol oscuro

Que abierto estaba en el macizo muro.

¡A quién buscaba yo? A tí, Argentina;

Mas tú no fuistes quien á hablarme vino;

No, fué esa esclava vil, esa Zelina,

Esa fatal mujer que es mi destino. (Pausa.)

—Dame á mi padre y partirás con ella,

Me dijo.—Sea pues.—Señaló un plazo:

Seis meses.—Huye.—Huí . . . ¡contraria es-

trella

A Francia nos guió! Tendí mi brazo,

Quebranté las cadenas de ese moro,

“¡A Burgos! le grité, libre te dejo.”

Le dí caballo, lanza, guia y oro;

Mas ¿qué hizo de ello? . . . ¡miserable viejo!

En vez de bendecirme y de besarme

La mano liberal, mi mismo acero

Levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! lancéme yo primero
Sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados
“¡Matadle, dije, sin piedad! que muera.”

Pero al asirle, á ello preparados,
Con salvaje valor, con calma fiera,
Clavando en mí fatídica mirada,

¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida!

Y me tiró su ronca carcajada

Con desprecio á la faz descolorida.

¡No la ves? aquí está: su marca impresa

Quedó en mi corazon, quedó en mi frente,

Y su cabeza vil no entró en la huesa.

No, que á mis ojos la sorbió el torrente.

Allí está, ¿pero sabes lo que aguarda?

Que espire el plazo, sí, por eso mora

Del agua turbia entre la niebla parda,

Contándome la vida hora tras hora.

Por eso de esa reja acogajada

En nocturna vision se desenvuelve,

Y al oír mi rabiosa carcajada,

Con eco funeral me la devuelve.

Mas es un sueño, sí . . . mentira todo;

De su impotente prediccion me rio . . .

(Ríe, y el eco devuelve la carcajada.)

Mas me la vuelve, sí, del mismo modo

Me la vuelve, ¿lo ves? ¡no es desvarío!

(Cae en la silla.)

Arg. Yace un momento, desdichado, en calma:

Descansa en tu desmayo uno siquiera,

Mientras yo lloro, desgarrada el alma,

El negro porvenir que nos espera.

¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?

Arg. ¡Mira!

Gen. ¿Otra vez?

Arg. Y mil y eternamente.

Gen. Ese tenaz delirio le asesina.

Arg. Le mata ese recuerdo lentamente,

Sí, como siempre á ese peñasco hueco

Que está debajo en su terror se asoma,

Siempre la risa le devuelve el eco,

Y él por la voz de su vision la toma!

¡Triste de mí! ¡la celestial venganza

Signe mi culpa por do quier! lo veo.

¡Cuán desdichada soy! no hay esperanza!

Morir con él, Genaro, es mi deseo.

Mas no, yo lidiaré con mi destino,

Genaro: sí, de Roquefort salgamos;

Será menos siniestro nuestro sino

En cualquiera region donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra

Asilo nos darán; nuestra manecilla

Allí ocultemos, y pongamos tierra,

Genaro, entre nosotros y Castilla.

Partamos antes que se cumpla el plazo,

Y espire ese infeliz con su locura;

Y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

Gen. Teneis razon, partamos.

Arg. Ese anciano

Que se vuelva á Tolosa antes del dia,

Y nuestra fuga ignore; al castellano

Y al conde nuestro rastro marcaria.

Gen. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!

Arg. Déjale reposar: le es el reposo

El único calmante necesario:

Calma el sueño su espíritu afanoso.

¡Duerme, bien mio! duerme, y si piadoso

El cielo me concede solo un hora,

Un hora escasa de merced y amparo,

Lejos de aquí nos hallará la aurora!

Gen. ¡Argentina!

Arg. ¡Ay de mí! vamos, Genaro.

ESCENA VIII.

LOTARIO DESMAYADO. ARRIBA. EL CONDE ARMADO Y GON
VIERA, ZELINA CON VELO, Y HASSAN, ABAJO.

Conde. ¿Llegamos ya?

Zel. Sí señor.

Conde. ¿Esta torre les esconde?

Zel. Este es su castillo, conde;

Ya estamos en Roquefort.

¿Traeis decision?

Conde. Me sobra.

Zel. ¿Será fuerza recordaros? . . .

Conde. Basta, mora, de reparos.

Zel. Pues bien, manos á la obra.

Conde. Espera.

Zel. ¿Dudais?

Conde. Escucha:

Para entrar en esa torre,

Poca gente nos acorre.

Zel. No necesitamos mucha.

Con la razon y el furor

Que traigo, y con mi arrogancia,

No temo á toda la Francia,

Cuanto mas á Roquefort.

Para que esta fortaleza

Se desplome á nuestros piés,

Mas que el poder útil es,

Señor conde, la destreza.

No, por Dios, no por medio año

La ira en mi pecho escondí

Para trocar hoy aquí

Los frenos en nuestro daño.

Lenta y cautelosamente

He acechado yo mi presa

Como entre la yerba espesa

Escondida la serpiente.

Busqué mi ocasion feliz,

Y la busqué con tal tino,

Como aquella su camino

Entre raiz y raiz.

¡Oh! sí, la venganza es esta:

Y habrá de ser, Dios mediante,

A nuestra injuria bastante,

Y á Roquefort bien funesta.

Pero si no os sentís vos

Con razon harta ó coraje,
Podeis deshacer el viaje,
Yo cumpliré por los dos.
Conde. Me ahoga el furor, Zelina,
Solo esas torres con ver.
Zel. (con intencion muy marcada.) Y en esa hay
luz; puede ser

Que esté alumbrando á Argentina.

Conde. No me la nombres.

Zel. ¿Por qué?

Conde. Ese recuerdo me mata.

Zel. (¡Aun á esa francesa ingrata

Su corazon guarda fé!)
A lo que estoy, castellano,

Comprendiendo en tu semblante,

No tiene brio bastante

Tu corazon ni tu mano.

Mas para tu bien te advierto

Que al amor y á la venganza,

Va sin freno y sin templanza

Mi corazon del desierto.

Conde (con calma.) ¿Y crees tú que sin furor

Dí cima á tan largo viaje?

Zel. Pues no olvideis el ultraje

Que os arrastra á Roquefort;

Aquella noche espantosa

En que vencedor del moro

Cambiásteis por gloria y oro

El amor de vuestra esposa.

Conde. Silencio, esclava . . . ¡por Cristo!

Terrible noche fué aquella,

Y solo yo lloré en ella

La gloria que á España dí.

Lot. Pasó esa fantasma fiera . . .

Respiro al fin . . . ¡ay de mí!

Zel. (Siempre ese fatal recuerdo

Le ecesaspera y le atosiga.)

Conde. Esa memoria se abriga,

Vive eternamente aquí.

Sí, yo entré entonces en Burgos

Al doblar de los tambores,

Con mas aplausos y honores

De los que soñé jamas;

Pero llegué á mi palacio,

Y al pasar por sus dinteles

¡Ay! mis honrosos laureles

Maldije, y mi ser quizás.

Las puertas ví de mi alcázar

Para recibirme abiertas,

Mas nadie salió á mis puertas

Para darme el parabien;

Y los siervos y las damas

Que dejé en él en mi ausencia,

Esquivaron mi presencia,

Cual de mi gloria en desden.

En vano me entré iracundo

Por mis puertas adelante,

Llamando con voz pujante

A mi gente desleal;

Solo el eco que en las bóvedas

Cóncavas se guarecia,

A mis voces respondia

Con lamento funeral.